

Exilio 1939. Testimonios de familia*

Tal vez no sean muchas las personas que hayan podido disponer de un acervo epistolar, como esta invaluable herencia que Diana Zaragoza Ocaña nos brinda de su familia, en especial de su tío, el maestro Floreal Ocaña Sánchez. Testimonios escritos en el marco de dos sucesos muy concatenados entre sí y definitorios para el futuro de ese, a final de cuentas, breve siglo XX, tan plagado de tragedias, guerras y genocidios. Uno lo fue la Guerra Civil Española y otro, la Segunda Guerra Mundial. Una enfrentada en nombre de una sociedad universal y otra en la negación de la misma universalidad con los campos de concentración nazis, las purgas estalinistas y la “solución” atómica de Hiroshima y Nagasaki.

La Guerra Civil española no sólo constituyó el conflicto fratricida de lo que en conjunto constituía el pueblo español. Era la totalidad de Europa —y con ella el mundo occidental— la que se enfrentaba a sí misma, un enfrentamiento entre las dos grandes corrientes ideológicas que, de muy antiguo, habían jalonado la historia social y que se habían manifestado

de diversas formas y contenidos. Lo que genéricamente denominamos *la izquierda* y *la derecha*, con todos sus innumerables matices, tendencias y manifestaciones, se hicieron presentes en esa Europa que nacía a la era atómica y a la revolución tecnológica actual bajo el signo de la tragedia.

El levantamiento militar del 18 de julio de 1936 fue mucho más que un fallido intento de cuartelazo ibérico (tan bien conocido por los pueblos de América). Fue la conclusión de un proceso que, quizás desde 1789 y muy particularmente con la primavera de los pueblos en 1848, había promovido la construcción de la comuna urbana: París, Viena, Praga, Varsovia, Barcelona, serían otros tantos espacios en los cuales las luchas por las reivindicaciones sociales y económicas de las clases subalternas se habrían de confundir con las aspiraciones al reconocimiento de los derechos culturales y étnicos de los muchos pueblos que vivían prisioneros de los grandes imperios, gobernados por dos clases sociales muy nítidas: por una parte, la aristocracia y ciertos sectores de las burguesías nacientes y, por la otra, un proletariado urbano y rural que no sólo tomaba conciencia de su situación de *clase para sí*, sino aun del

* Diana Zaragoza Ocaña, *Exilio 1939. Testimonios de familia*, Frente Atleuv, México, 2008.

espacio regional, nacional e internacional que habitaba.

El internacionalismo proletario no habría de reñir con los derechos culturales de los pueblos: la construcción de una sociedad justa e igualitaria sería un anhelo común, aunque las formas de lograrlo llevaría a quienes se vieron enfrascados en esas luchas, por derrotos muy dispares y a consecuencias dramáticas. Uno recuerda en los lejanos años de la niñez los terribles y tardíos pleitos entre comunistas, trotskistas, anarquistas y simples republicanos, españoles combatientes antifascistas que no podían asimilar un hecho que, a final de cuentas, desbarataba las ilusiones de acabar con el fascismo español, a saber, el reconocimiento a Franco por los Estados Unidos y la admisión del Estado español como miembro de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

El testimonio de Floreal Ocaña Sánchez no alude a la historia por todos conocida e incluso idealizada en sus dos grandes versiones historiográficas: la republicana y la franquista. Tampoco hace hincapié en el aporte cultural del exilio español en América, en especial en México. A final de cuentas ésta última es una historia más bien reciente, lo suficientemente documentada, aunque por supuesto no agotada, para insistir aquí en ella. Hay, no obstante, otra historia, la del pueblo llano español, ese “campesino”

que se ve forzado a declararse como tal aunque no lo sea, y que será la gran mayoría de los refugiados de la guerra. La historia de *Juan Panadero de España* no la encontraremos en los archivos al uso del historiador académico sino en la memoria de cada uno de nuestros padres y mayores, testigos de una mínima parte de ese profundo universo social y existencial que les tocó vivir y que no todos expresaron de forma escrita. Incluso, me atrevería a afirmar, con el debido respeto a la autora, que el maestro Floreal Ocaña tal vez, al escribir estas cartas, no tenía en mente publicarlas ni mucho menos sospechaba que una sobrina suya las editaría algún día.

Lo que sí es harto evidente es la conciencia histórica del momento que se está viviendo.¹ El autor, poseedor de una narrativa clara y concisa va al grano en cada una de las cartas: la necesidad de abandonar una Europa que se desbaranca inexorablemente. La *trampa francesa fascista* como varias veces califica a esa Francia de preguerra y el desastre trágico que prevé no sólo no resultó una exageración, producto de un miedo irracional ante una supuesta debacle, es más bien la exposición de un análisis razonado, objetivo y desapasionado

¹ Además de otros informes y documentos sobre el exilio que tal vez planeó sacar a la luz algún día, pero a lo que se nota, se han perdido.

de la hecatombe que el autor ve venir, sin engaños ni justificaciones. Ante la desesperación por la dilación de la salida —situación, dicho sea de paso, compartida por miles de refugiados hacinados en los campos de concentración del sur del país—, el maestro Ocaña transmite paciencia y tranquilidad a una numerosa familia que, a todas luces, va también perdiendo la paciencia. Un detalle muy importante y, si se quiere, hasta cierto punto muy ibérico si de solidaridad se trata, es que juntos salieron de España y juntos tendrán que marchar al exilio americano, a pesar de que dos parientes se encontraban reclusos en campos de concentración; no es sino hasta cuando todos se reúnen y las condiciones del viaje se logran, cuando llegan a un primer destino poco propicio para una emigración republicana y demócrata: la República Dominicana, dominada por la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo.

Sin ser profeta, el pronosticado derrumbe europeo que el maestro Ocaña previó finalmente ocurrió, aunque por fortuna, la salida de Francia tuvo lugar antes de la llegada de los nazis a París en junio de 1940. En los testimonios epistolares nos describe la realidad cotidiana en Francia, cuyo gobierno, a pesar de sus tradiciones revolucionarias (recordemos que en ese país el Frente Popular había triunfado en esa década), había dado muestras de desprecio a los exiliados

españoles, como antes le había negado el apoyo a la Segunda República, acogiéndose a la decisión de No Intervención que la Alemania nazi y la Italia fascista nunca respetaron. El miedo a Hitler, inferior al terror que inspiraba la izquierda española en sus vertientes radicales, y lamentablemente irreconciliables, como lo fueron el comunismo pro soviético, el trotskismo y el anarquismo, hacía que las potencias de Europa occidental vieran en éstos un peligro que sólo podría ser conjurado con el uso de la violencia y las armas.

Comunistas del común, pero sobre todo *troskos* y *anarcos*. Todos ellos pasando penurias en campos de concentración en una Francia de preguerra. Miles de exiliados que ideológicamente representaban un apoyo potencial para las clases obreras movilizadas en esos convulsos años, y por lo mismo, una amenaza a los gobiernos que descansaban en la poltrona económica del capitalismo internacional. Haciendo a un lado las seculares diferencias nacionales entre franceses y españoles, aquí se aunaba un elemento ideológico que ponía en guardia a los gobiernos que estaban dispuestos a hacer valer los derechos humanos pero de manera selectiva; nuestro testigo nos narra en una carta a su prima Fraterna, fechada el 2 de junio de 1939, en relación con una reciente salida de 1 800 refugiados: “Ya ves mi estimada y nerviosa

Fraterna, que no estamos mal orientados y que el caso era y es más grave [de] lo que a primera vista parece. El delegado de México, de Cárdenas, más claro, está haciendo ya esfuerzos por imposibilitar las expediciones de “anarquistas”, pues no otra cosa significa el admitir la primera expedición del 16 de mayo de 1939, casi totalmente compuesta por “intelectuales” republicanos y marxistas y no admita el débil porcentaje de “intelectuales” nuestros que van en esta expedición [...]” (p. 59).

Aunque el eje temático de las cartas es la salida de Francia, el autor nos deja ver una serie de detalles de la historia no escrita. Es lo que sus protagonistas sienten, la forma tan injusta en que las autoridades trataban a ese vasto conglomerado político. Las incoherencias de las organizaciones de ayuda a los refugiados. Incluso lo que puede implicar la muerte accidental de un funcionario en cuyas manos está el destino de muchos miles de seres humanos. La atmósfera conspirativa prevaleciente en un país que aún no estaba en guerra, en el que los sujetos con “tipo de español” tenían que tomar muchas precauciones para salir a la calle, abordar el Metro o tener una conversación con algún compañero incluso francés. En fin, con todo, el maestro Ocaña rescata también la bonhomía y compañerismo de la población francesa simpatizante de la República y el anar-

quismo. Un testimonio pues, lleno de historia, humanidad y, al mismo tiempo, de un gran humanismo anarquista, poco comprendido por otros grupos y partidos de izquierda.

El libro que nos ofrece Diana Zaragoza, impecablemente editado bajo el sello editorial Frente Atleuv (como reza en el logotipo) en 2008, prologado por Margarita Carbó, en edición rústica y con un formato de 22 por 22 centímetros, se insertaría dentro de dos principales líneas históricas: la política y la de las mentalidades, aunque evidentemente, la autora ha apelado a la historia oral, es decir las fuentes vivientes de los protagonistas del libro: sus tías y tíos. La totalidad de las cartas de Floreal Ocaña Sánchez están reproducidas, aunque sólo una parte de ellas aparecen en versión facsimilar. El tomo abunda en dibujos hechos por Armonía Ocaña, madre de la autora, así como de fotografías provenientes del álbum familiar que, en sí mismas, se erigen como documentos históricos de una trágica historia en la que todos sus participantes salieron derrotados; por supuesto, aquí incluyo a los aparentes “vencedores” fascistas. Una guerra que preludió otra guerra en la que si algún vencedor hubo fueron los que la sobrevivieron, sólo por el hecho de vivir para contar la historia.

Habrán muchas cartas, notas y testimonios de diversa índole que aún yacen en los anaqueles más seguros

de la conservación del testimonio escrito, es decir, las también añosas y aparentemente mustias e inocentes cajas de zapatos, que por su tamaño pueden muy bien resguardarse en lugares donde no hay humedad ni polilla. Ojalá que la iniciativa de Diana Zaragoza cunda entre los descendientes de otros héroes anónimos, de manera que, o bien ellos mismos den a conocer dichos documentos, o bien se los entreguen a Diana para

que ella, haciendo un espacio en su profesión de arqueóloga, los rescate.

En todo caso, esta obra nos hace conocer una historia, aunque sólo sea para reflexionar sobre el mundo que vivimos y nuestro cercano porvenir.

Joaquín Roberto González Martínez
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana